

Reseñas

NUTTON, Vivian (1979) *Galen: on Prognosis. Edition, Translation and Commentary*. Berlin, Akademie Verlag, 262 pp. + inds. [*Corpus Medicorum Graecorum*, V 8,1]

El *Corpus Medicorum Graecorum* fue iniciado por Diels en 1901 con el objetivo de publicar las ediciones críticas de los textos médicos griegos. A partir de 1968, incluyó las traducciones de los mismos, poniéndolos de esta forma a disposición de los no conocedores de las lenguas clásicas. Con este libro de Vivian Nutton se nos ofrece la edición crítica y la traducción de un nuevo escrito galénico, *Περὶ τοῦ προγνώσκειν βιβλίον*.

Nutton, antes de iniciar el comentario del texto, explica los motivos que le impulsaron a elegirlo (pp. 145-146): además de datos sobre la biografía del propio Galeno, se encuentra en el escrito información útil sobre el nivel intelectual y la sociedad de la Roma del siglo II, así como sobre la forma por la que el médico lograba integrarse en, y devenir dependiente de, los diferentes estamentos sociales.

El libro de Nutton consta de dos partes y de una sección de índices que recoge separadamente autores y voces del texto galénico.

La primera, está dividida en cuatro apartados y Nutton dedica los tres primeros al estudio de los manuscritos y ediciones en los que se ha basado para la realización de su edición. Los manuscritos griegos utilizados son siete y sus fechas de composición datan de los siglos XII al XVI; los latinos en número de cinco, proceden del siglo XV. Tras revisar los escritos en sí mismos, sus interrelaciones así como sus ediciones griegas y latinas, el autor realiza el *stemma*. El último apartado está destinado a estudiar las características generales del tratado y su transmisión e influencias desde el mundo bizantino al renacentista: Nutton demuestra la autenticidad del texto a pesar de no haber sido catalogado por el propio Galeno entre sus escritos, por haberlo creído perdido en el incendio del Templo de la Paz (año 192). Su incorporación al *corpus* galénico se produjo en el siglo III o incluso después, en tiempos de Oribasio. En cuanto a su fecha de redacción, el autor ratifica la dada por Ilberg del año 178 o inicios del 179 [ILBERG, J. (1889) Über die Schriftstellerei des Klaudios Galenos, *Rheinisches Museum*, 44, 493-497]. El escrito cae dentro del estilo autobiográfico siendo una muestra de la inserción del médico en la sociedad romana; sociedad que, en palabras de sus propios descriptores, aparece bajo el estigma de la declinación producida por el excesivo fausto de los ricos y poderosos (p. 154). Esto se traducía en un servilismo que afectaba a los científicos y filósofos, más preocupados en alcanzar una buena reputación que en acercarse al verdadero conocimiento de sus disciplinas. Y es a este carácter al que está dedicado el prólogo del texto galénico, criticando la búsqueda de riquezas que persigue el médico, y en general toda la sociedad, y que produce

que los verdaderos estudiosos de la medicina sean perseguidos y, en cambio, prosperen doctrinas que, como la metódica, prometen un fácil, rápido y cómodo conocimiento científico (pp. 69-75).

La segunda parte de la obra recoge la edición crítica del texto, su traducción y el comentario. En éste, además de la amplia crítica textual utilizada para la colación de los manuscritos, Nutton recoge opiniones de filósofos, médicos y escritores contemporáneos o anteriores a Galeno con el fin de determinar la veracidad de las afirmaciones vertidas en el tratado y su posible derivación de otros autores (p. 145). Se nos ofrece así una rica visión del mundo del pensamiento antonino, en el cual la *stoa* dominó, desde la clase social alta, a los otros movimientos filosóficos.

Nutton, con el comentario médico *sensu stricto*, logra clarificar el texto recurriendo a otros tratados de Galeno y haciendo explícitas las referencias que éste hace a otros autores (sobre todo y en sentido positivo a Hipócrates y la escuela dogmática, y con un cariz de rechazo a los seguidores y fundadores de la escuela metódica).

El escrito, como ya se ha dicho autobiográfico y de carácter moralizante, describe cómo Galeno por medio de su «arte pronóstico» logró alcanzar el prestigio social que como fin, criticaba en sus contemporáneos. Galeno en este escrito rechaza la acusación que sufrió de haber utilizado la adivinación en sus pronósticos, pretendiendo demostrar, por contra, que éstos están basados en la medicina y no en los augures. Para ello a lo largo de doce capítulos describe experiencias clínicas ante una serie de enfermos, la mayoría de ellos de alto prestigio social (Eudemo el peripatético, el hijo y la mujer del cónsul Boecio Flavio o la misma familia imperial), con un estilo que se diferencia del de otros tratados de tipo médico por reunir al mismo tiempo una exégesis y apología de su comportamiento. Por todo ello, en él se encuentran formas que van desde el diálogo platónico al modelo típico de las historias clínicas de las *Epidemias* hipocráticas. Aunque los relatos patográficos hipocráticos se diferencian de los galénicos en que éstos tienen el carácter de ejemplificación de una determinada entidad nosológica. Los datos semiológicos expresados en ellos están seleccionados y enfatizados al servicio de una elaboración deductiva de la enfermedad y también de una demostración del método a seguir en la realización del diagnóstico.

Esto mismo sucede en este tratado en el que, teniendo como base la doctrina humoralista, Galeno describe los distintos pulsos y el estado de la orina de los pacientes y sus relaciones con los días críticos. El atenimiento de Galeno a la descripción de estos síntomas se debe a que son alteraciones primarias en los cuadros nosológicos del tratado.

Además de este motivo para la descripción sintomática que es el pronóstico, Galeno utiliza dialécticamente los relatos patográficos para hacer resaltar los errores cometidos por otros médicos ante los mismos pacientes. Y, también, el cuadro sintomático es utilizado para ponerlo al servicio del tratamiento, fin último del acto médico. Ello lo realiza mediante la indicación terapéutica (*ἔνδειξις*), concepto que no se encuentra explícito en este texto pero cuyos

elementos principales (índole del proceso morboso, órgano afecto, constitución biológica individual y universal) ya se dan cita en determinados pasajes (*p.e.* pp. 79-81).

Nutton ha realizado una cuidada y muy útil edición que nos ofrece a un Galeno inmerso en su quehacer clínico cotidiano muy distinto del tedioso autor de sus tratados sobre el pulso.

ROSA MARÍA MORENO RODRÍGUEZ

DEMAITRE, Luke E. (1980) *Doctor Bernad de Gordon: Professor and Practitioner*. Toronto, Pontifical Institute of Mediaeval Studies, xii + 236 pp.

En los últimos años hay un creciente interés por la medicina medieval en todos sus aspectos: desde la aportación de documentación básica para el estudio de sus componentes sociales hasta la edición crítica de los textos, desde el análisis sociomédico hasta el de las ideas médicas, desde el replanteamiento del estudio de las instituciones hasta el análisis de las grandes figuras médicas, pasando por la recogida e identificación sistemática de los manuscritos médicos, que permanecen todavía desconocidos e inéditos en gran número en las bibliotecas europeas. Al mismo tiempo, se siente la necesidad de continuar la obra de los grandes repertorios biobibliográficos de médicos medievales sobre los que fundamentar más tarde estudios de profesión médica, comunicación científica, etc. La obra de Luke Demaitre pertenece de lleno a este amplio movimiento contemporáneo. Pero, además, está insertada en una línea de trabajo de la actual historiografía médica medieval, que siente la necesidad de superar el acercamiento estrictamente positivista de Sudhoff y comenzar con la digestión crítica de la ingente aportación manuscrita, tanto de los historiadores clásicos alemanes, como de los historiadores americanos Thorndike y Pearl Kibre, de quien es discípulo Luke Demaitre.

El libro *Doctor Bernard de Gordon* es un estudio modélico de la biografía intelectual y científica de una de las figuras médicas más atractivas e interesantes de la transición de los siglos XIII a XIV de la Universidad de Montpellier, cuya Facultad de Medicina fue, sin duda, una de las principales de Europa en el periodo comprendido entre 1250 y 1350. Período especialmente querido por los españoles pues, durante él, el Señorío de Montpellier perteneció a la Corona de Aragón y al Reino de Mallorca. Pese al evidente interés de la figura de Bernardo de Gordón, no existía hasta hoy ningún estudio de su figura y obra que mereciese nuestra confianza.

El libro está dividido en cinco partes perfectamente diferenciadas. La primera de ellas es un modélico acercamiento a la biografía científica de Bernardo de Gordón utilizando casi como única fuente de información el inteligente análisis de sus propios escritos, agotando al máximo las posibilidades que brinda el análisis de texto, tanto impresos como manuscritos. Los capítulos 2 y 3 están dedicados a discutir muy detenidamente los escritos datados y los no datados de B. de G., así como la problemática relacionada con las obras a él atribuidas utilizando criterios de tipo interno y paleográficos. Estos capítulos

deben leerse y consultarse en íntima relación con el magnífico apéndice sobre las «obras escritas por B. de G. o atribuidas a él en los MSS y ediciones impresas», donde se recogen 83 obras con la correspondiente localización de «incipits», bibliotecas, ediciones impresas y traducciones. Una de las lagunas de este apéndice (advertida por el autor) es no haber investigado las bibliotecas españolas. No obstante, no nos explicamos que no haya manejado, al menos, los repertorios o catálogos más accesibles, uno de los cuales cita [Beaujouan (1972), que recoge 8 obras de B. de G. con 13 MSS]. El capítulo cuarto versa sobre «Mainsprings of Bernard's Teaching: Tradition, Reason, Experience, Nature», y es, en mi opinión, uno de los más lúcidos del libro, siendo muy clarificador de la medicina escolástica, en general, correspondiente a este período. Los aspectos de la práctica médica y, en especial, los correspondientes a la dimensión deontológica médica, son estudiados en el capítulo 5. Creemos que aportan interesantes precisiones al libro de Seidler (1967) en lo que este último llama *vía práctica* de la medicina escolástica bajomedieval. La obra concluye con una cuidada bibliografía de fuentes y literatura secundaria.

Hay algunos detalles que, creo, debieran cuidarse en posteriores ediciones de la obra. Por ejemplo, en la bibliografía, quizá hubiera sido conveniente señalar que la obra *de sterilitate*, atribuida a Ramón Llull es de Raimundus de Moleriis y que W. y J. Pagel no hicieron una edición de ella, sino una reproducción del manuscrito; igualmente advertir que «the testicles of the fox» (p. 89) no es un órgano animal sino una planta (*testiculis vulpis=orchis*), *cfr.* Albertus Magnus, *de vegetalibus et plantis*, 6, 458-459. ¿Por qué calificar a Arnau de Vilanova, en el contexto en el que se mueve el libro y la primera vez que aparece, de «visionario»? Creo que no añade nada y, más bien, confunde.

La obra de Demaitre es un libro de lectura obligada para quien quiera conocer el fascinante mundo intelectual y médico que supieron construir los médicos universitarios medievales, una de cuyas figuras indiscutibles fue Bernardo de Gordón (+ c. 1320).

LUIS GARCÍA BALLESTER

GAGO, Ramón; CARRILLO, Juan Luis, eds. (1979) *La introducción de la nueva nomenclatura química y el rechazo de la teoría de la acidez de Lavoisier en España. Edición facsímil de las "Reflexiones sobre la nueva nomenclatura química" (Madrid, 1788) de Juan Manuel de Aréjula*. Málaga, Secretaría de Publicaciones de la Universidad, 92 págs., 495 ptas.

CARRILLO, Juan Luis; GAGO, Ramón, eds. (1980) *Memoria sobre una nueva y metódica clasificación de los fluidos elásticos permanentes y gaseosos de Juan Manuel de Aréjula (1755-1830). Introducción, transcripción y notas*. Málaga, Departamento de Historia de la Medicina, 47 págs., 150 ptas.

La dedicación de Gago y Carrillo, Carrillo y Gago, al estudio de la figura del médico y químico español Juan Manuel de Aréjula (1755-1830), se remonta a 1974. De entonces acá han publicado 7 artículos, en distintas publicaciones

especializadas, algunos con otros firmantes, en torno a la problemática científico-social de la medicina y la química españolas de la última Ilustración, tomando como eje de referencia los avatares biobibliográficos del mencionado Aréjula. Investigadores responsables, estos autores se distinguen, en primer lugar, por la incansable localización y verificación de fuentes de la época, para lo que escudriñan, con método y constancia a los que la suerte forzosamente sonrío, los más dispersos archivos y colecciones documentales. Muestra de ello son los textos cuya edición comentamos: de las *Reflexiones* no se conoce otra copia que la encontrada recientemente por nuestros hombres en la Biblioteca del Escorial; la *Clasificación* no se imprimió nunca y sólo se conserva un manuscrito en un insospechado archivo familiar irlandés. Mas, siendo importante, su labor no se agota en la transcripción o edición de raras fuentes dieciochescas. El análisis más riguroso de su contenido acompaña a estas ediciones, enmarcando cada publicación en las corrientes de la época y poniéndola en relación con los específicos condicionantes sociales, económicos, religiosos y políticos del momento de su producción. Una pieza maestra la tenemos en el estudio sobre la introducción de la nueva nomenclatura química en España que precede al facsímil de las *Reflexiones*. En conjunto, la serie de trabajos sobre el tema a que hemos hecho referencia proporcionan una ajustada visión de las relaciones entre la ciencia y la sociedad española de la Ilustración, del impulso regenerador de la segunda mitad del setecientos y de su frustración tras la reacción surgida del miedo a la Revolución francesa y, sobre todo, tras la guerra de la Independencia con el gobierno absoluto de Fernando VII. Aréjula conoció el orto y el ocaso del esfuerzo ilustrado, finalmente ahogado en un estéril batallar contra la intransigencia política y la intolerancia religiosa, manifestadas en el más terrible recelo contra las actividades científicas. Entre las nefastas consecuencias de aquel truncamiento —repetida trágicamente tras la guerra civil (1936-39)— hay una que suele olvidarse: la pérdida de nuestra tradición científica. Resulta significativo que haya habido que esperar a 1980 para ver impresa la memoria sobre la *Nueva Clasificación* escrita hace 190 años. Esperemos que, esta vez, el esfuerzo cuaje y la historia de las ciencias perviva en la España del futuro.

ESTEBAN RODRÍGUEZ OCAÑA

KEEL, Othmar (1979) *La généalogie de l'histopathologie. Une révision déclinante: Philippe Pinel, lecteur discret de J.-C. Smyth (1741-1821)*. Paris, Librairie philosophique J. Vrin, II + 137 pp. + Anexo s.p.

La principal línea argumental de este texto, presentado de manera que quiere recordar, estilísticamente, las novelas policíacas, es que la tradicional atribución a Ph. Pinel (1755-1826) de la primera clasificación de las enfermedades inflamatorias según su localización «tisular» debe revertir en realidad al escocés James Carmichael Smyth (1741-1821). La investigación de Keel demuestra suficientemente que Pinel conoció y manejó, sin citarla nunca adecuadamente, la memoria del escocés titulada *Of the different Species of Inflammation and of the Causes to which these Differences are to be ascribed* (London, 1790), más precisa-

mente el resumen de la misma aparecida en 1793 en una revista británica. El texto de la *Nosographie* correspondiente a las inflamaciones es una paráfrasis, a veces incluso reproducción literal, de dicho resumen. La mencionada obra de Smyth gozó de una apreciable difusión en su tiempo y era ampliamente conocida en Inglaterra. El problema no resuelto es precisamente la aceptación por Smyth y sus compatriotas de la prioridad de Pinel en este terreno, cuando el médico escocés no se había recatado de polemizar con el francés Guyton de Morveau (1737-1816) acerca de la prioridad en el empleo de ácidos minerales como medio preservativo de la difusión de enfermedades infecciosas, que ambos compartían en su defensa de las fumigaciones.

La segunda argumentación consiste en adjudicar la «paternidad» de la histopatología —en cuanto versión avanzada de la medicina antomoclínica— a los británicos: el grupo de médicos hospitalarios londinenses en torno a los hermanos Hunter y los médicos escoceses más o menos vinculados a la familia Monro, como el propio Smyth. Según Keel, la filosofía escocesa, el «análisis analógico» y el empirismo anatomopatológico angloescocés fueron condiciones suficientes para producir el concepto base de la nueva medicina: el concepto de tejido —al que denomina «la revolución científica más importante del siglo en el terreno de la patología» (p. 112). La medicina hospitalaria de París, con su reconocida influencia sensualista, no haría, según esta óptica, más que servir de crisol o caja de resonancia a las conquistas científicas no francesas, ganando con ello el inmerecido prestigio que ocupa en la historiografía médica posterior. Esta suposición de Keel no queda, a mi juicio, demostrada. Si tiene el mérito de plantear que debió existir una vinculación práctica entre Morgagni y Bichat —contra las supersimplificaciones de manual— su intento no sobrepasa el grado de una primera aproximación al tema. No queda justificada dicha hipótesis. El capítulo más débil de esta monografía es, sin duda, aquél en que plantea las condiciones que hicieron posible la obra de Smyth: todo él es pura generalización, cuyas únicas referencias concretas son el caso de Francia y no Inglaterra y Escocia como sería relevante. ¿Por qué no incluyó en este capítulo la biografía de Smyth, ofrecida como Apéndice II? A mi parecer, la dificultad mayor en la sustentación de este segundo argumento radica en que Keel no ha comprendido el fundamento auténtico de la medicina antomoclínica: no el tejido, sino la referencia a la *lesión* y a los *signos físicos* reveladores de su existencia en el vivo. Que es, precisamente, donde radica el triunfo de la medicina de París: la importancia de Bichat, en este contexto, como reiteradamente ha mostrado Laín, es la que le confiere su actividad de planificador o estrategia de la nueva manera de entender la medicina, esto es fundada en la lesión anatómica a la que han de subordinarse las apariencias clínicas. Ahora bien, Keel realiza el difícil ejercicio de hablar de histopatología sin referirse para nada a la lesión anatómica. El resumen de la memoria de Smyth (1793) conocido por Pinel, que se incluye como Anexo editado en facsímil, *no contiene ejemplo alguno de tal actitud*. En él se exponen los distintos síntomas de cada especie inflamatoria sin que se identifique lesión alguna. Cuando se introducen en la exposición elementos anatómicos, p.e. en la descripción de la inflamación de las membranas diáfanas (o serosas), éstos aparecen como *consecuencia* de la inflamación. Las diferencias

sintomáticas de los distintos tipos de cada especie son achacadas a la *causa de la enfermedad* o a la *constitución del paciente*. Incluso se afirma que la inflamación flegmonosa, especialmente la pulmonar, «no siempre es puramente inflamatoria» (p. 28 del facsímil). En definitiva, que más parecen localizarse orgánicamente determinados síntomas (los constitutivos del género «inflamación») antes que describirse lesiones específicas, que no se describe ninguna, ni siquiera las propias de tal «inflamación». En resumidas cuentas, la obra de Keel tiene el mérito de sugerir todo un campo de investigación —y habremos de esperar a posteriores estudios antes de confirmar su hipótesis acerca de la sustancial contribución británica a la construcción de la mentalidad anatómica moderna.

ESTEBAN RODRÍGUEZ OCAÑA

SHRYOCK, Richard H. (1979) *The Development of Modern Medicine. An Interpretation of the Social and Scientific Factors Involved*. Madison, The University of Wisconsin Press, 473 pp. (Reimp. de la 2.^a ed. original, 1947), 7,50 \$.

La reimpresión de esta historia de la medicina moderna es un bello homenaje a la memoria de su autor, Richard Harrison Shryock, el niño que aspiraba a ser médico y sólo pudo lograrlo «a través de la extraña vía de la historia», como nos dejó dicho. Shryock, presidente de la American Association for the History of Medicine (1946-47), director del Institute of the History of Medicine en la Johns Hopkins (1949-1958), presidente honorario de la International Academy for the History of Medicine (1964), fue una figura central en el proceso de profesionalización de la Historia de la Medicina en los Estados Unidos de Norteamérica. Formado como historiador general, su aprecio por la medicina le llevó a dedicarse a esta parcela de la problemática historiográfica ante la incompreensión de su medio intelectual: la primera edición de esta obra (1936) sólo fue reseñada por la *American Historical Review* en 1941 y no mereció su turno en el *Bulletin of the History of Medicine* hasta diez años después. Más sensible Europa, el británico Viet firmaba en 1937 un moderadamente elogioso comentario en *Annals of Science*, 2, 357. La razón de este aislamiento radicó en la peculiaridad del acercamiento metodológico empleado por Shryock. Su consideración de los factores sociocientíficos como elementos contribuyentes al desarrollo de la medicina apenas tenía más antecedentes que las aportaciones de Sigerist.

En efecto, R. H. Shryock partía de un par de supuestos extremadamente originales en su medio: la labor de historiar como trabajo científico (por tanto, con el mismo *aprecio por los hechos* que científicos de otras parcelas, de donde es posible tomar instrumentos como la estadística, el estudio comparado o el empleo de hipótesis) y, a la vez, su convicción en la unidad de los procesos históricos (formados por una compleja malla de factores sociales, económicos y culturales en general). El resultado de tal acercamiento fue, junto con otra serie de trabajos, esta síntesis sobre la medicina moderna. Aportación colateral, pero

no menos importante, de su metodología fue demostrar el valor de las fuentes médicas para lo que Sigerist denominó «historia general de la civilización».

Por todo esto es bienvenida esta reimpresión, que conserva en buena medida su lozanía original. Algunos aspectos de la misma acusan, lógicamente, el paso del tiempo. Por ejemplo, basados en bibliografía secundaria, los capítulos dedicados a la moderna medicina francesa (Escuela anatomoclínica) y su influencia mundial están hoy ampliamente superados. Su tono de alegato, explícito en los seis últimos capítulos, sobre la contribución positiva de la medicina a la disminución de la mortalidad y correspondiente incremento de la esperanza de vida en occidente, queda un poco en el aire tras las recientes —desde McKweon— críticas sistemáticas a dicha hipótesis. Por otra parte, la franca confianza en el poder de la ciencia *por sí misma* que atraviesa toda la obra y le da aliento, se hace ligeramente estridente (para nosotros, habitantes del futuro shryockiano) a partir de lo que el autor denomina «triunfo de la medicina moderna» —el nacimiento de la Bacteriología médica—. Los avances más recientes son explicados en función de supuestos exclusivamente científicos. El aspecto social de la medicina del siglo XX es estudiado en sus manifestaciones prácticas (hospitales, especialismo, ejercicio profesional), incrementándose el grado de autonomización de la medicina frente a su específico contexto social a medida que se aproxima al presente. Es significativo que sea la siguiente afirmación la que cierra el texto: «... the future of society will then turn to a considerable degree on developments of medicine -just as the future of medicine *once depended* upon certain trends in the evolution of society». (p. 457, subrayado por mí). Esta vehemencia nos sentimos hoy tentados de rebajarla, insistiendo, en cambio, en que tanto la realidad presente como el porvenir de la medicina continúan dependiendo del camino que elija la sociedad.

ESTEBAN RODRÍGUEZ OCAÑA

PÉREZ MOREDA, Vicente (1980) *Las crisis de mortalidad en la España interior (siglos XVI-XIX)*. Madrid, Siglo XXI, 526 págs., 1.400 ptas.

En su enjundioso prólogo, el prof. Nadal sitúa a la presente obra en la avanzadilla de la «*historiografía de la población*» en cuanto disciplina que desborda la simple «demografía histórica». Sus razones son claras: el estudio de Pérez Moreda trasciende el estrecho marco de las explicaciones demograficistas (cuyos planteamientos más radicales pretenden, en última instancia, situar la demografía como «vagón de arrastre» de toda la dinámica social) apoyándose para su empeño en el análisis de los fenómenos de mortalidad, minusvalorados frente a los de fecundidad en aquellos planteamientos, sobre una base territorial extensa y un período de estudio igualmente prolongado. Dentro del panorama hispánico de estudios de población este libro que comentamos tiene una indudable relevancia. Tras los estudios de Nadal sobre Cataluña, base de su ágil y preciada síntesis *La Población Española (siglos XVI a XX)* (1966, 3.^a ed. 1973), no se había hecho nada en España que pueda compararse en ambición y alcance a la obra de Pérez Moreda. En ella se analiza documentación procedente de 91 parroquias, correspondientes, a su vez, a unas 70 poblaciones de las provincias

de Ávila, Cáceres, Cuenca, Guadalajara, Madrid, Palencia, Salamanca, Segovia, Teruel, Toledo y Zaragoza. El grueso de los datos está referido al período 1600-1860. A partir de este impresionante acopio de datos, nuestro autor analiza (2.^a parte del texto) la crisis de mortalidad en la España del interior, su cronología e intensidad, sobre el fondo panorámico de la mortalidad ordinaria en el mismo período (3.^a parte del libro). La 4.^a parte está dedicada al minucioso estudio de cada una de esas crisis producto de la mortalidad catastrófica, desde la peste castellana de finales del siglo XVI al cólera de 1855. La última parte del texto se refiere a las medidas de lucha contra la muerte, en tres aspectos: desarrollo agrario y niveles de consumo, legislación sanitaria antiepidémica y asistencia médica. La obra se completa con un capítulo introductorio, donde establece los conceptos básicos de su objeto y técnicas de trabajo, tales como la propia noción de crisis demográfica, factores fundamentales y accidentales determinantes de las mismas, etc.

El resultado de este estudio es decisivo para la fundamentación historiográfica de la moderna población española. Pues si por «ciclo demográfico moderno» ha de entenderse el correspondiente a una reducción sensible de las cotas de mortalidad, se hace evidente la inexistencia de tal ciclo en España hasta finales del siglo XIX. Junto a esta conclusión general, merece destacarse el intento de relacionar las crisis de mortalidad del siglo XVII-XVIII con el nivel real de la producción agroganadera (ejemplo central: el caso de Mozoncillo, gráfico XX), en línea con las más interesantes novedades metodológicas del momento [cf. V. R. LEE (1980) *The Mechanism of Mortality Change in Germany 1750-1850. Medizin historisches Journal*, 15, 244-268]. Aunque el propio autor reconoce la necesidad de precisar con exactitud el proceso de «transición demográfica» en España antes de entrar de lleno en el análisis de sus causas. Desde la seriedad de los abundantes datos aportados, lo menos que puede decirse es que la virtualidad histórica de dicho proceso queda en entredicho.

Dentro de esta nueva visión de la población española resalta el hecho de que las crisis de mortalidad catastrófica, frente a la tradicional imagen con que se las representa, actuaron sólo como refuerzo de un nivel ya elevado de mortalidad habitual. Ello obedece, según Pérez Moreda, a razones económicas (las que aseguran la aparición de las reiteradas crisis de subsistencias) y otras de matiz médico-social, como el mayor peso que la enfermedad habitual o endémica supuso en la determinación de los niveles elevados de mortalidad frente a ocasionales brotes «exóticos», de la peste al cólera. Apunta igualmente la intervención negativa que, a su juicio, supuso la asistencia médica en el control de la mortalidad a todo lo largo del período estudiado.

Para los historiadores de la medicina en España, la discusión que plantea el apartado de lucha contra la muerte es —debe ser— un acicate necesario. Tras casi 40 años de institucionalización de nuestra disciplina en la escena científica española resulta revelador que, de 183 citas contenidas en dicho apartado, sólo 29 refieran trabajos historicomédicos españoles. Revelador, si se me acepta este rudimentario método de análisis, de toda una problemática por afrontar. ¿No sería fructífera una colaboración organizada, en este campo, entre distintos Departamentos universitarios?

En el texto es de agradecer la completa discusión metodológica con que se inicia, que alcanza categoría de manual de trabajo, su limpio lenguaje y su abrumadora cobertura bibliográfica. Un pequeño rasgo de apresuramiento traduce el que en el texto se citan decenas de trabajos, en notas a pie de página, no reflejados luego en la bibliografía final (casos, por señalar alguno, de los trabajos de Abad León (1978) en p. 175, Díaz Salgado (1756) en p. 351, Pelling (1978) en p. 424, etc., etc.). Otro pequeño exceso académico estriba en utilizar algunas obras como apoyo a las ideas propias o ajenas *sólo por sus títulos*, sin haberlas consultado. Es el caso de la obra citada de Margaret Pelling, *Cholera, Fever and English Medicine* (Oxford Univ. Press), empleada en la nota 53 de la p. 424 para confirmar un aserto de Cartwright, a saber, el papel positivo del cólera como estímulo para la reforma sanitaria en Inglaterra. En realidad, la postura de Pelling es taxativamente *contraria* a dicha hipótesis. Ella parte, precisamente, de la afirmación contraria, o sea de la mayor trascendencia relativa de las enfermedades autóctonas de las Islas («las fiebres») frente a las ocasionales importadas, en la contribución a la morbilidad, mortalidad y preocupación social en la Inglaterra decimonónica, desde las primeras páginas de su monografía. Minucias formales aparte, suscribimos íntegramente la afirmación de Nadal en el prólogo a este trabajo de Pérez Moreda: es ya un punto de referencia inexcusable para los estudiosos de la España Moderna.

ESTEBAN RODRÍGUEZ OCAÑA

STAUM, Martin S. (1980) *Cabanis. Enlightenment and Medical Philosophy in the French Revolution*. Princeton, Princeton University Press, 430 pp., 27,50 \$.

Al hilo de la compleja trayectoria vital del médico Pierre Jean George Cabanis (1757-1808) se nos presenta un exhaustivo estudio de las relaciones entre la filosofía de la *Idéologie* y la revolución. La medicina sirve tanto de gozne de articulación entre las actividades revolucionarias y los supuestos filosóficos de Cabanis como de plataforma para el desarrollo de sus múltiples dedicaciones. La tesis central del profesor canadiense —Martin S. Staum enseña en la Universidad de Calgary— sitúa la clave interpretativa del pensamiento y la acción de Cabanis en su condición de médico. Se trata para Staum de un hecho esencial, sin la debida consideración del cual —como ha sido tradicional entre historiadores y filósofos— se dificulta extraordinariamente la comprensión de esta figura, produciéndose interpretaciones francamente alejadas y distorsionadoras de la realidad histórica. De ahí que la obra central de este autor, los *Rapports du physique et du moral de l'homme* (1798-1802), sea habitualmente esgrimida como ejemplo del más grosero mecanicismo materialista, espigándose de ella afirmaciones tan conocidas como la famosa equiparación de la mente con el estómago a efectos funcionales («el cerebro... de alguna manera digiere las impresiones... orgánicamente realiza la secreción del pensamiento»). El análisis exhaustivo de los antecedentes doctrinales médicos de Cabanis, en una revisión que abarca de Descartes a la Escuela de Montpellier; así como la

confrontación continua de sus juicios con los emitidos por sus contemporáneos en temas similares, u orgánicamente asociados, destruye de manera definitiva el simplismo interpretativo legado por la tradición, cuyo origen encuentra Staum en la enemiga de los intelectuales románticos católicos, con un fundamento tanto político como religioso (1). El Cabanis resultante de esta minuciosa reconstrucción intelectual es un médico ilustrado, en quien los planteamientos de corte mecanicista están incluidos en, o conjugados por, un profundo vitalismo (continuamente situó en categorías distintas las fuerzas físico-químicas que permiten explicar el mundo material y las fuerzas de la sensibilidad, inherentes a los organismos vivos) y un filósofo «idéologiste» («idéologue» para sus críticos) que pretende desarrollar una «ciencia del hombre» que cubra el peligroso vacío que ya se deja sentir entre las áreas biomédicas y filosóficas, empleando para ello el método universal de trabajo científico, el análisis. Staum vincula la postura política de Cabanis con los supuestos médicos de su formación intelectual: a semejanza de la intervención del terapeuta, el legislador debe regular la sociedad para permitir el libre ejercicio de la ley natural (la fuerza sanadora, en el caso de la enfermedad).

El autor expresa su recelo a levantar hipótesis generalizadoras que incluyan la triple e intrincada dedicación de Cabanis en su no menos complejo ambiente social, rechazando como simplistas y excesivamente vagas, por generalizadoras, las categorías marxistas (el marchamo de burgués mistificaría más que explicaría según él —p. 11—) y negándose a discutir, por ejemplo, las ofrecidas por Foucault. Su opción se decanta más por el recurso a la explicación de las conductas individuales a partir de notas inherentes a la misma individualidad, tales como la educación, la opinión, etc. El resultado es un libro compacto, de rigurosidad académica. Y oportuno. En la senda abierta por Jean Wahl (*Tableau de la philosophie française*, París, 1946) estipulando el «materialismo vitalista» como definición del sistema de Diderot, por Jacques Roger (*Les sciences de la vie dans la pensée française du XVIII^e siècle*, París, 1963) y la obra conjunta de Georges Canguilhem, desarrollando la historiografía del vitalismo en el campo biomédico, un acercamiento a Cabanis se convertía en ineludible. De hecho, Rhoda Rappaport leía en 1976 y publicaba ampliada en 1978 (*Inter-Relations between Social, Biological and Medical Thought 1750-1850: Saint-Simon and Comte Br. J. Hist. Science*, 11, 19-35) una conferencia en donde se planteaban las preguntas básicas acerca de la auténtica caracterización de dicho autor. Igualmente, W. R. Albury (*Experiment and Explanation in the Physiology of Bichat and Magendie Stud. Hist. Biol.*, 1, 47-131) ha realizado una revisión genérica de la fisiología de la ilustración, cuya conclusión enlaza perfectamente con la ofrecida por Staum sobre el papel determinante del vitalismo en la doctrina y práctica médicas del inicio de la Escuela de París, donde Cabanis fue profesor —al menos nominal— de X. Bichat. Impecablemente presentada, la monografía que comentamos constituye un elaborado hito en esta viva tradición historiográfica.

ESTEBAN RODRÍGUEZ OCAÑA

(1) Véase también STAUM, M. S. (1978) Medical Components in Cabanis's Science of Man. *Stud. Hist. Biol.*, 2, 1-31.

LIS QUIBEN, Víctor (1980) *La medicina popular en Galicia*. Madrid, Akal, 335 pp. Contiene índices de personas, enfermedades y localidades. 500 ptas.

En 1949 apareció la primera edición de este libro (Pontevedra, Gráficas Torres), uno de los primeros estudios serios que, según J. de Miguel (1980) (en Kenny, M. y de Miguel, J. (dir.) *La antropología médica en España*, Barcelona, Anagrama, p. 38), se producen en España. El mismo Lis dice en la Introducción (p. xiii), que le impulsó a escribirlo, entre otras cosas, «el no haberse publicado hasta la fecha ningún libro dedicado única y exclusivamente a estas cuestiones».

El autor aborda el estudio de unas trescientas enfermedades con un carácter descriptivo, «conservando la pureza con que fueron recogidos, evitando su mixtificación y alejándome de un modo general de crítica y censuras sobre supersticiones...» (p. xiii). Agrupa dichas enfermedades según diversos criterios: etiológicos, de localización, por edades de los afectados, miscelánea, etc., ofreciendo completísimas listas de los diversos nombres con que se conocían en las localidades donde las estudió, así como la entidad clínica con que se corresponden. Describe también su etiología, sintomatología, profilaxis, diagnóstico y tratamiento populares, siendo este último aspecto en el que más se extiende, explicando con gran detalle las múltiples variedades que recogió para cada enfermedad. Este procedimiento, se hace aún más exhaustivo en lo que respecta al «Mal do Aire», «Mal de Olló» y «Meigallo» a los que dedica más de la tercera parte del libro. Incluye el relato de la vida y métodos sanadores de seis «Pastequeiros» o «Brujos», curanderos especializados en el «Meigallo», que trabajaban en parroquias cercanas a Pontevedra y a los que conoció personalmente. El último, por fin, es un capítulo sobre veterinaria popular que describe los tratamientos de una treintena de enfermedades que afectan a animales domésticos.

La obra de Lis Quibén no se limita a este libro que aquí comentamos. Anterior a él, como indica en el prólogo Bouza Brey, tiene diversas publicaciones en las revistas *Nos*, *Rev. de Dialectología y Tradiciones Populares* o la portuguesa *Douro-Litoral*. A partir de 1949, también en *Archivos Iberoamericanos de Historia de la Medicina*. En su conjunto es, según Pujadas *et al.* (1980) (en Kenny, M. y de Miguel, J., *op. cit.*, p. 345), «la aportación más completa de que se dispone sobre la medicina del País Gallego».

En 1951, Castillo de Lucas lo reseñó en los *Archivos...* (3, p. 636). A pesar de que éste, al igual que el prologuista, animó a investigadores y médicos en general, a realizar en todas las regiones tarea similar, el buen ejemplo de Lis Quibén no ha tenido, aún, tantos continuadores como hubiera sido deseable.

Es lamentable que Akal no haya cuidado más esta reimpresión, haciendo constar la fecha de su primera edición y confiando a algún especialista la presentación de esta obra, pionera de la medicina popular española.

TERESA ORTIZ GÓMEZ

(ACTAS) *I Congreso de la Sociedad Española de Historia de las Ciencias. El científico español ante su historia. La ciencia en España entre 1750-1850* (Madrid, diciembre de 1978). Edición a cargo de Santiago Garma (1980), Madrid, Diputación Provincial, 589 pp.

ACTAS del Simposio «*La Historia de las Ciencias y la Enseñanza*». Valencia, 18 y 19 de abril de 1980. Edición a cargo de Víctor Navarro Brotons (1980), Valencia, Instituto de Ciencias de la Educación de la Universidad de Valencia, 165 pp.

LLULL. Boletín de la Sociedad Española de Historia de las Ciencias. (1978, 1979, 1980.)

Al reseñar estas Actas, fedatarias de sendas reuniones de trabajo de la Sociedad Española de Historia de las Ciencias (SEHC), así como lo publicación que le sirve de portavoz habitual, cumplimos con un doble y grato deber, de amistad y de apoyo, con esta joven agrupación.

Sorprendentemente para los ufanos comentaristas de «la décima potencia industrial del mundo», la historia de las ciencias carece de implantación académica en España. La excepción la constituyen aislados y casi heroicos casos individuales, además de la historia de la medicina y la farmacia, únicas disciplinas institucionalizadas con rango universitario dentro de este contexto. España ha quedado al margen —una vez más— de una crecientemente importante actividad científica: lejos, el remoto antecedente de aquella Asociación Nacional de Historiadores de la Ciencia Española, fundada en 1935, que murió con la guerra civil. Sólo en 1974, el esfuerzo personal de algunos historiadores fructifica en la nueva SEHC, que se viene a sumar al continuado trabajo del profesor Juan Vernet y sus discípulos, seguidores de la tradición que inauguró el gran historiador catalán de la ciencia española medieval, don José M.^a Millás Vallicrosa.

Las *Actas* del I Congreso reúnen 40 comunicaciones de autores españoles, así como el texto de las conferencias pronunciadas con ocasión del mismo por A. C. Crombie (*in absentia*), R. Taton (dos) y P. Costabel (dos). Las comunicaciones están distribuidas en tres áreas: el científico español ante su historia (cinco comunicaciones), la ciencia en España entre 1750-1850, y la habitual miscelánea (veinte comunicaciones). La temática es muy diversa: desde historia de las instituciones científicas españolas (Escuela de Matemáticas de la Real Sociedad, Escuela de Mecánica de la Junta de Comercio de Barcelona, Real Sociedad de Física y Química) a comentarios de textos (el *Curso de Psicología (1849)* de P. F. Monlau o *Aritmética Práctica (1604)* de Gerónimo Cortés) pasando por primeros acercamientos (*Juan Andrés y la Historia de las Ciencias*). Es de lamentar que la edición no esté lo cuidada que hubiera sido preciso. Carece de noticia alguna sobre la organización y desarrollo del congreso, no citando ni a patrocinadores ni al comité organizador, ni las interesantes actividades desarrolladas al margen de las sesiones.

El *Simposio* sobre la Historia de las Ciencias y la Enseñanza, se celebró en Valencia los días 18 y 19 de abril de 1980, organizado conjuntamente por la SEHC y el Instituto de Ciencias de la Educación de la Universidad de Valencia. Se realizaron cuatro sesiones de trabajo, aparte de la oficial de apertura, relativas respectivamente a: 1.º) Historia de las ciencias en los niveles no universitarios (cinco comunicaciones); 2.º) Historia de la física, matemáticas y técnica en sus respectivas enseñanzas (seis comunicaciones); 3.º) *Idem* química, biología, medicina y farmacia (cinco comunicaciones) y 4.º) Historia de las ciencias y filosofía, historia, geografía y ciencias humanas y/o sociales (cinco comunicaciones). Cerró los actos una conferencia de T. F. Glick sobre «La historia del medio ambiente, una nueva disciplina». Entre las veintidós comunicaciones que se presentaron a discusión, se traza el estado de las parvas relaciones del aprendizaje técnico y científico con la historia de las ciencias en la España de hoy. En conjunto, se trata de un valioso alegato a favor de la introducción de la historia en los *curricula* académicos científico-técnicos como sustentadora de una *actitud crítica*, de una comprensión más profunda de los fundamentos de cada disciplina y de su vinculación con su entorno científico-social, proporcionando con ello una más rica visión panorámica. Especial interés contienen las discusiones de la 1.ª sesión, dedicada a enseñanza primaria y media no universitaria. Las experiencias del Grup Recerca (en historia de la química), el taller de Ciencias «Galileo» (astronomía) —ambos tratando con niños— o del seminario de Física-Química de Valencia —formación del profesorado—, son enormemente alentadoras.

Llull, por fin, cuya andadura comenzó en 1978, consta en la actualidad de tres volúmenes distribuidos en cinco números —el último de octubre de 1980— de irregular aparición y deficiente identificación bibliográfica, afortunadamente superada en el último año. Está estructurada en cuatro secciones fijas: artículos, notas, reseñas y noticias. Las dos primeras, recogen un total de treinta y un trabajos, pertenecientes a veinticuatro autores distintos, cuya temática comprende campos como historia de la Física (con ocho artículos), Química (dos), Matemáticas (cinco), Biología (dos), Farmacia (uno), Medicina (tres) y Lingüística (dos); un último apartado que puede denominarse Historia, Filosofía y Sociología de la ciencia tiene ocho artículos más. Esperamos y deseamos que *Llull* supere todos los avatares adversos, se consolide y preste sus servicios como vehículo de institucionalización de la Historia de la Ciencia en España.

TERESA ORTIZ GÓMEZ
ESTEBAN RODRÍGUEZ OCAÑA